

VIEJO OBSERVADOR



Carlos Sentís

Ruidosa sentencia

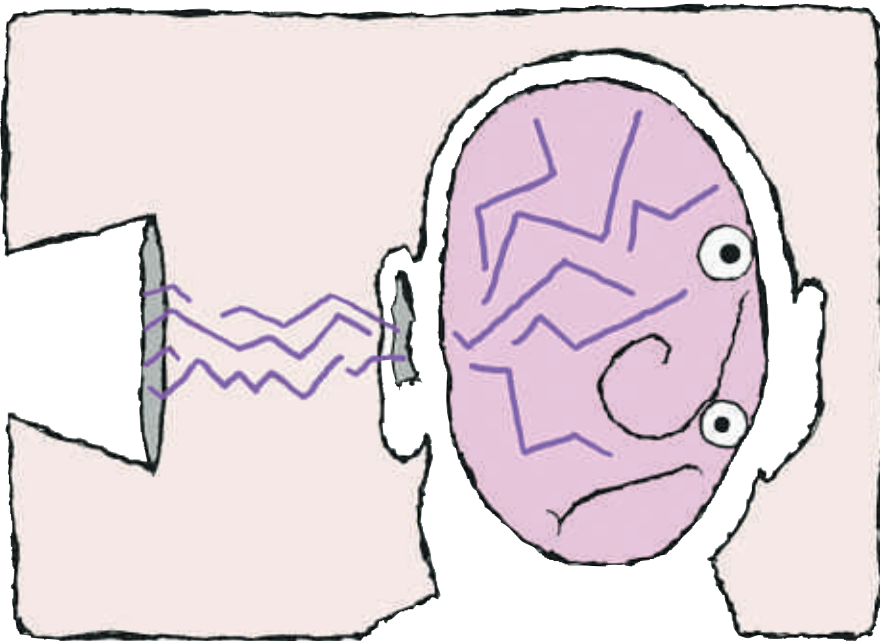
La resonancia que ha tenido la sentencia aplicada por un juez sobre María del Carmen A. ha superado todos los decibelios de su pub de la calle Nou de la Rambla. Es la condena más alta registrada en España por motivos de contaminación acústica. Para el caso hay que precisar que además de hacer, ella sí, oídos sordos a las advertencias del Ayuntamiento dos veces consecutivas, rompió el precinto de cierre que le había sido impuesto. Ante este increíble empecinamiento, no es raro que el juez haya decretado una sentencia ejemplar. Los vecinos contiguos al pub tienen certificados médicos según los cuales sufren lesiones relacionadas con ansiedad, insomnio y depresión.

No es motivo de alegría que alguien vaya a la cárcel, pero sí que se corten las posibilidades de aumentar el grado sonoro que aqueja a una ciudad de por sí bastante ruidosa como Barcelona. Ahora, cuando precisamente el 10% de la economía barcelonesa depende del turismo, hay que evitar cualquier innecesaria fractura del buen ambiente ciudadano. Aunque con la crisis no sería

oportuno lanzar cohetes, vendrán las verbenas y en sus días previos muchos adolescentes se dedican a hacerlos estallar en los atardeceres. Se permiten incluso tirarlos desde los balcones al paso de los viandantes. Claro está que en otros lugares de España los estruendos pueden ser mayores, como ocurre en estas mismas fechas en Valencia. Allí los petardos funcionan todo el día. Recuerdo, por San José, la *despertá*, a primeras horas de la mañana, que consiste en tiras continuas de petardos atadas de balcón a balcón a ambos lados de la calle.

Como un razonamiento a la sentencia del juez de Barcelona se ha apuntado lo nocivos que resultan los ruidos excesivos. Tanto es así, que se han empleado como

tortura y han enloquecido a más de uno. ¿En los últimos tiempos hemos mejorado algo en cuanto a contaminación acústica? Los automóviles, en efecto, son más silenciosos, así como las motos de gran cilindrada. En cambio, ciertas motocicletas, que llevan el escape libre, atronan de una manera insensata, despertando, durante la noche, a calles enteras. El exceso de decibelios de los motorizados está teóricamente castigado, pero no hay, y se comprende, bastante asistencia para dedicarse a la caza de los infractores cuando en la calle existen otros problemas de carácter mayor.



La mejora más importante la viví en París en los años cincuenta. Llamaron *préfet du silence* a Dubois, que prohibió usar el claxon o las bocinas, salvo en momentos de peligro. La ciudad parecía otra y recuerdo que un colega que llegó a París en aquellos mismos días quedó pasmado: "Aquí ha pasado algo". De hecho la medida fue copiada en toda Europa y en otros países también avanzados. Al poco del silencio, que ya existía también en muchas ciudades, fui a Centroamérica y me quedé de una pieza cuando desperté en un hotel de una calle principal. La algarabía era indescriptible.

Coincidiendo con la sentencia en defensa del nivel de vida barcelonés, la Generalitat y los ayuntamientos del área metro-

politana –nueve– han establecido unos pactos para reforzar y delimitar definitivamente el parque de Collserola, que se convertirá en uno de los mejores de Europa. De hecho, la labor consistirá en evitar construcciones excesivas, como por ejemplo las de Badia o Rubí, calificadas por algunos de ciudades dormitorio. Por suerte se está a tiempo todavía de preservar gran parte del Vallès. Probablemente es el alcalde de Sant Cugat, Lluís Recoder, uno de los que más han contribuido. El Ayuntamiento de Sant Cugat mantiene un pleito con Núñez i Navarro sobre la posible edificación de la llamada

Torre Negra, que puede quedar en blanca. Collserola comunicará directamente la ciudad de Barcelona con el Vallès. Desde antiguo se ha dicho que *com el Vallès no hi ha res*. En realidad, aparte de su belleza paisajística –mermada hoy– el Vallès, llamado el Silicon Valley catalán, supo crear una industria basada especialmente en la metalurgia ligera cuando entre nosotros también cayó la industria textil. Tiene mucho mérito sustituir, sin menoscabo de la economía, algo consolidado por otras

industrias de nuevo cuño. El Vallès Occidental tiene como capital Sabadell, ciudad que fue un ejemplo cuando la primera industrialización, como lo ha sido después por la transformación aludida. Edificada en torno a fábricas a principios del siglo pasado, la ciudad se ha ido transformando, en su parte moderna, en acogedora y despejada. Tuvo como alcalde durante muchos años consecutivos a Antoni Farrés, que desgraciadamente murió hace pocas semanas. Cuando empezó a ejercer sus funciones municipales, recibió un día a un constructor. Este, al marcharse, le dejó un abultado sobre encima de la mesa. Farrés cogió el sobre y sin abrirlo se dirigió directamente al juzgado de guardia...●

Francesc-Marc Alvaro



Ellos no tienen titular

Las reglas de la sociedad del espectáculo nos deslumbran tanto como nos despidan. Leo que un ciudadano, supuestamente estudiante universitario, llamó anteayer la atención de los periodistas que cubrían las manifestaciones en contra de la implantación del plan Bolonia para mostrar, ante las cámaras, un golpe recibido en un muslo que, según declaró, era fruto de la actuación de los Mossos d'Esquadra. El joven en cuestión, una vez logró reunir a su alrededor a los informadores, repitió un grito pelado y con los pantalones bajados la siguiente frase: "¿Pido un titular!". Conocedor, sin duda, de los protocolos de la mediación informativa, el espontáneo vendió su sucinto relato acompañándolo de una pieza editorial cuya tesis era clara, aunque no muy original: "Así intentan integrar los estudiantes en el sistema". Pura golosina. Seguro que el gran Guy Debord, desde los cielos, sonrió al ver cómo los postulados situacionistas han devenido una rutina al alcance de cualquier celebridad surgida del interior de la multitud, por decirlo a la manera de Negri y otros cate-

Los profesores y los alumnos que acuden a clase son lo más importante del conflicto

quistas de la reacción mesiánica.

Pero el único debate serio democráticamente, el único que hoy merece la pena (una vez constatamos que Saura sigue conspirando solito contra Saura), es el que se centra en el fuera de campo. Lo no mediático. Hablo de esa zona ignorada donde nunca hay cámaras ni micrófonos. Para que la conozcan, les transcribo lo que me ha contado un profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona. Es la crónica de lo ocurrido la mañana del pasado día 12 en la facultad de Políticas y Sociología: "Tras dar un rodeo considerable porque han bloqueado la plaza Cívica, llego a la facultad. Hay unos sesenta alumnos presentes en el aula porque toca control parcial de la asignatura. Cuando hago aparición surge un piquete de tres o cuatro personas que (sin pedir permiso) arengan a los demás y les invitan a salir. Pido a los miembros del piquete, una vez han expresado su posición, que abandonen el aula y lo hacen acompañados de una decena de estudiantes. El resto se queda. Empiezo la clase, pero se hace difícil la tarea, pues los huelguistas instalan una ruidosa sirena en el pasillo y, además, gritan constantemente. Se producen varios intentos de entrar en el aula para obligarnos a suspender la clase. El decano, Salvador Cardús, y dos vicedecanos se colocan ante la puerta del aula para impedir el boicot. Hay tensión. Consigo terminar la clase y, a la salida, una estudiante dice (de buen rollo) que mi actitud es nazi porque no he respetado la decisión de los alumnos de hacer huelga".

Ni este heroico profesor de la UAB ni el admirable decano Cardús ni los vicedecanos que tuvieron que actuar como guardas de seguridad han tenido su titular. Pero ellos y los alumnos que acuden a clase son lo más importante de este conflicto. Lo demás, espuma del tiempo.●

Nuria Chinchilla y Maruja Moragas

¿Qué nos mueve a actuar?

Hace unos días un directivo nos decía: "A veces, ni yo me entiendo". Con las prisas diarias damos por sentado que lo que deseamos es lo que nos conviene y se pasa por alto que no todas las acciones tienen igual repercusión ni en nosotros ni en los demás. Las relaciones entre personas y empresa dependen de cómo tomen las decisiones las personas que allí trabajan. A más rango, más impacto. De ellas dependerá el grado de vinculación y el sentido de pertenencia que se desarrolle.

Nuestras acciones siempre tienen un motivo detrás y puede ser de tres tipos. Podemos hacer las cosas por los beneficios que vamos a obtener del entorno (el dinero, la fama, el reconocimiento...). Si

estos motivos extrínsecos pesan mucho en nuestras decisiones, nuestro humor sube o baja y acabamos siendo marionetas del entorno. También podemos hacer algo porque la propia acción nos es agradable, aprendemos o porque lo pasamos bien. Si estos motivos intrínsecos pesan mucho en nuestras decisiones, podemos acabar solos por ser egoístas o hedonistas.

Si actuamos pensando en los demás anticipando las consecuencias de nuestras acciones u omisiones en los otros, su trascendencia en ellos, estos motivos trascendentes nos hacen más capaces de desarrollar relaciones sanas y duraderas.

Tres son los tipos de vínculos que pueden desarrollarse con y en la empresa. Si trabajo principalmente por motivos extrínsecos (por dinero y para obtener el reconocimiento social), mi vínculo es puramente contractual y superficial, como el

de un mercenario. Si enfoco mi trabajo por motivos intrínsecos (porque es un reto, aprendo y me lo paso bien), mi vínculo aún es débil y permaneceré ahí hasta que surja un nuevo reto fuera. Si los motivos para trabajar son más trascendentes (un buen servicio al cliente, que mis colaboradores crezcan personal y profesionalmente), puedo tener también los otros dos tipos de motivos (ganar dinero, disfrutar con mi profesión y los retos), pero no los busco directamente. Mi vínculo con la empresa será entonces más sólido y estable, ya que no dependerá tanto de los cambios del entorno ni de mis vaivenes internos.

Los motivos tienen un peso diferente en cada persona y cambian a lo largo de la vida. Pero sólo quien se mueve por motivos trascendentes es capaz de dirigir y cohesionar a todo tipo de personas. Y más, en tiempos difíciles.●